

CONALI INFORMA

Celebrar la Misericordia *Comentarios a la Plegaria eucarística de la Reconciliación I*

El año de la Misericordia es un tiempo de gracia. ¿Cómo hacer para vivirlo con mayor intensidad? El Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización ha manifestado que la misericordia tiene que «celebrarse». Y para hacerlo como corresponde, el mismo Consejo ha propuesto diversas iniciativas. Una de ellas –nos ha recomendado– es que pudiésemos destacar en nuestras celebraciones el misterio de la misericordia divina con el uso de las Plegarias eucarísticas de la Reconciliación que tenemos en el *Misal Romano*¹. Estas dos plegarias eucarísticas resultan en efecto, especialmente indicadas para celebrar el don de la misericordia durante este año jubilar. En esta oportunidad vamos a comentar la primera de ellas, y así, cuando decidamos hacer uso de ella en nuestras celebraciones, podamos captar con más facilidad su enorme hondura y belleza.

Las plegarias eucarísticas

Antes que nada, una pequeña introducción. Ya sabemos que en la santa Misa se dicen muchas oraciones: las oraciones presidenciales, como la «oración colecta» o la «oración sobre las ofrendas»; también tenemos una «oración universal», u otras que llamamos «oraciones apologéticas». En fin, son muchas

¹ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA PROMOCIÓN DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN, *Celebrar la misericordia* (Buenos Aires 2015) 28.

plegarias las que tenemos en la celebración. Pero ninguna es tan importante como la Plegaria eucarística. Ella es la cima de toda la celebración, la cumbre de todas las oraciones que se dicen en ella. Ya se ha reunido el pueblo celebrante, ya ha escuchado la palabra de Dios y ha renovado su adhesión al Señor. Después de preparar el altar, la asamblea se ha puesto de pie –la posición del Resucitado– para participar en esta solemne oración.

Actualmente el *Misal Romano* cuenta con trece de estas plegarias: cuatro mayores y nueve menores. Ya sabemos que hasta el año 1970 nuestro misal contenía una sola plegaria, conocida como «canon romano». Es de agradecer la posibilidad que nos da ahora la Iglesia de llegar a esta cima de alabanza con trece anáforas diferentes, sin contar la riqueza enorme que representan los más de 70 variados prefacios que se unen a ellas.

Todas las plegarias eucarísticas de la liturgia romana tienen un esquema similar: un prefacio que abre la acción de gracias y que culmina con el canto del Santo. Luego, tras la invocación al Señor para que envíe el Espíritu y transforme los dones (epiclesis) se pronuncian las palabras de la consagración, que en todas las plegarias son idénticas. Después, la anámnesis, la epiclesis de comunión y las intercesiones. Todo culmina con un gran «Amén» pronunciado por toda la asamblea.

La Plegaria de la Reconciliación I

Esta plegaria es de reciente elaboración. Nació el año 1974 cuando el papa Pablo VI convocó a un año santo que llamó: «Año santo de la Reconciliación». Justamente por eso, en su Prefacio se dice: «Ahora, mientras le ofreces a tu pueblo un tiempo de gracia y reconciliación», que era una referencia a ese mismo año. En este momento, perfectamente la podemos aplicar al año jubilar convocado por el papa Francisco.

En términos generales, esta es una plegaria que guarda una cierta semejanza con la Plegaria eucarística IV, pues es una anáfora que como ella, toma muy en cuenta la historia de la salvación. Además, como tendremos ocasión de verificar, su inspiración es predominantemente bíblica. Escondido detrás de muchas de sus palabras podremos sentir el aire fresco del mundo bíblico y de toda su profundidad existencial. Y más todavía, realidades como la conversión, el pecado o el perdón, no aparecerán como situaciones aisladas, desvinculadas entre sí, sino que estarán enmarcadas en el contexto amplio de una historia marcada por la Alianza que Dios hizo con su pueblo. ¡En qué gran escenario nos pone esta anáfora! Ya lo podemos vislumbrar. Pero no nos adelantemos, iremos paso a paso².

La santidad de Dios y la vocación del hombre

El gran encuadre de esta plegaria es la santidad de Dios y la vocación a la santidad de los cristianos. En efecto, una vez que se ha cantado con los coros celestiales el trisagio (Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...) la plegaria

² Sugiero al lector tener en sus manos el *Misal Romano*, leer una primera vez la plegaria de principio a fin, y luego, si lo desea, ir cotejando los comentarios de este artículo con el texto mismo de la anáfora.

hace un eco de esa alabanza a la santidad divina y dice:

«Santo eres en verdad, Señor,
que desde el principio del mundo
obras siempre para que el
hombre sea santo,
como tú mismo eres santo».

Podemos advertir la insistencia de la palabra «santo», que se repite tres veces en esta breve frase. Y al final de la plegaria, cuando seamos invitados a vincularnos a la plenitud de los tiempos, se describe ese momento como «la hora en que nos presentemos a ti [Dios Padre], santos entre los santos del cielo».

De nuevo ha aparecido la palabra «santo», con lo cual podemos ver el énfasis que se le ha dado a este concepto. ¡Éste es el gran horizonte de esta Plegaria! Es una gran oración que en Cristo pronuncia la Iglesia sumergiéndose en la santidad divina, profesando la fe en que cuanto ha hecho Dios desde el principio —es una alusión al libro del *Génesis*— ha tenido como objeto que cada uno de nosotros pudiera alcanzar la plenitud de la vida. Todo el universo y cada intervención de Dios en la historia ha tenido ese objeto: que seamos santos.

¿Y cómo entiende la santidad esta plegaria eucarística? De un modo muy bello, que ha brotado de la lectura de la Biblia. La santidad —lo dice en el Prefacio— es: «una vida más plena». Quizá esa expresión no nos dice mucho todavía, pero si vamos a la versión original encontraremos que dice: «una vida más abundante»³, lo que inmediatamente nos hace recordar al cuarto evangelio, cuando Jesús dice: «He venido a traer vida y vida en abundancia» (Jn 10,10)⁴. La santidad

³ «*Qui ad abundantioram vitam habendam nos incitare non desinit*». Cf. *Missale romanum* (Roma 2002).

⁴ Comenta V. Raffa: «La verdadera santidad, en sentido bíblico es un especial acrecentamiento de la vitalidad humana por la adquisición de la vida divina participada al hombre. Dios no se cansa de

es una plenitud de vida; una vida buena, verdadera y bella; una vida ofrecida al hombre para que no desfallezca ni muera.

Misericordia, amor de alianza

En ese contexto tan positivo, la mirada es sin embargo, realista, pues no se soslaya el drama del pecado. La plegaria dice: «Muchas veces hemos quebrantado tu alianza» (Prefacio), y dice que incluso llegó un momento en que «estábamos perdidos y éramos incapaces de acercarnos a ti» (Post epiclesis).

Es una dramática situación. Pero así y todo, el orante confía en el amor de Dios. ¿Cómo llega a esa certeza? Orando al modo litúrgico, es decir, haciendo memoria. Sería raro encontrar –también hay excepciones– alguna oración de nuestro querido *Misal Romano* que a bocajarro comenzara por pedirle algo al Señor. Casi siempre la oración cristiana –en esto es hija fiel de la religión hebrea– comenzará por hacer memoria de las obras de Dios en la historia. Siempre canta las *Magnalia Dei*, las maravillas divinas. Y eso es muy sano para la oración, ya que así fortalece nuestra fe: si el Señor ha hecho antes grandes cosas, ¿por qué va a dejar de hacerlas hoy? Pues bien, esa certeza despierta una oración confiada, llena de gozo, que corresponde a una verdadera acción de gracias.

Haciendo memoria orante, contando la historia, el texto litúrgico pone al desnudo una bendita nota obstinada en la partitura de la historia de la salvación. En palabras de nuestra plegaria, oiremos decirle al Señor que «ofrece siempre tu perdón», e

estimular al hombre a adquirirla y hacerla crecer en grado y valor». Cf. V. RAFFA, *Liturgia eucarística* (Roma 2011) 766. Y lo ha hecho desde el principio. Como el ser humano ha sido creado a imagen de la santidad, su vocación es la santidad. Así lo enseña el Levítico: «Sean santos como yo soy santo». Cf. Gn 1,26-27; Lv 11,44).

«invita a los pecadores a confiar solo en su indulgencia». Pero si «¡hemos quebrantado su alianza!», se alcanza a oír como una objeción subterránea. ¿Nos seguirá perdonando? La plegaria responde: siempre, por medio de Jesucristo, porque con él tenemos un «vínculo de amor». Jesucristo selló esta alianza que nadie podrá romper.

En este punto nos damos cuenta la impronta profundamente bíblica de esta plegaria y con ello, llegamos a perfilar con mayor claridad lo que significa la misericordia. En efecto, hay varias maneras de entenderla. Incluso con el riesgo de verla solo como una emoción, un metro conmoverse ante el que sufre. Es verdad que la misma raíz de la palabra misericordia alude a ello, ya que se refiere a la actitud de quien «vuelca su corazón hacia la miseria humana». En ese sentido, ciertamente podemos decir que Dios tiene misericordia, porque se conmueve, tiene *corazón* ante la miseria humana y sale al encuentro de nuestra debilidad. Pero Dios, a la luz de lo que vemos en esta plegaria, no solo se conmueve. Hay algo más, pues se conmueve en el contexto de la alianza que ha hecho con nosotros. Su amor es entonces un amor de alianza, es decir, un amor fiel y lleno de ternura que vive su lealtad en el vínculo sponsal que quiso crear con nosotros en Cristo.

Situar la misericordia en el plano de la Alianza es mucho más meritorio por parte de Dios y mucho más bello para nosotros, porque supone que el amor de Dios es muy grande, y además, que Dios no mira «desde arriba» al ser humano, sino que lo eleva y lo lleva hasta su propia altura. Ha elegido a la humanidad como esposa, y su amor de misericordia será la expresión de la fidelidad a esa alianza sponsal.

Conversión y reconciliación

Otro punto importante que nos revela el examen de esta plegaria eucarística es que la misericordia divina no es un elemento aislado. Dios no actúa solo, no juega al solitario. La misericordia de Dios espera una respuesta de parte nuestra. Esa respuesta es la conversión.

¿En qué consiste la conversión, según esta plegaria? Por de pronto, no es ni mucho menos un fatigoso movimiento de autolimpieza espiritual, como a veces se puede creer. Muy distinto a eso, la conversión se nos presenta como un modo de caminar hacia Dios, y encontrar en él su amor misericordioso. San Juan Pablo II lo dijo de un modo bellísimo: «La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia»⁵. Así, podemos señalar que esa santidad desde la cual fuimos creados y hacia la cual vamos caminando, es una santidad de quienes vuelven permanentemente a la casa del Padre.

Una vez que la misericordia de Dios ha despertado el movimiento de retorno al Padre, es decir, la conversión, alcanzamos la reconciliación con Dios, con los demás y con nosotros mismos. Y llegamos a ella por medio de la celebración. La celebración actualiza y conjuga en tiempo presente ese desborde de misericordia. El papa León Magno decía: «Todo lo que el Hijo de Dios obró y enseñó para la reconciliación del mundo, no lo conocemos solamente por la historia de sus acciones pasadas, sino que lo sentimos también en la eficacia de lo que él realiza en el presente» (León Magno, *Tractatus* 63. *De passione Domini* 12). Ese hacer presente se realiza por la celebración.

Antes de consagrar el cáliz, la anáfora dice:

«Del mismo modo, acabada la cena,
sabiendo [Jesús] que iba a reconciliar todas las cosas en sí mismo,
por su sangre derramada en la cruz,
tomó el cáliz...»

¿Qué significa ese «todas las cosas»? Que Dios ha unido al hombre con Él, al hombre consigo mismo, al hombre con la familia humana, y también con toda la creación. Sin duda que esta Reconciliación abraza el universo entero. La cruz será para siempre el signo de esa Reconciliación. Como dice nuestra Plegaria: «el signo indeleble de la alianza».

Un modo especial para tratar con Dios

La Plegaria además, agrega un elemento profundamente alentador. Antes de consagrar, el ministro invocará al Padre, y le pedirá una mirada («que mires») y un desbordamiento de gracia («que derrames») sobre los dones. Es la epiclesis de consagración. El Padre Dios enviará la gracia de su Espíritu para la transformación de los dones. En ese momento solemne, le recordamos al Señor que somos sus hijos. ¿Por qué? Pues para destacar que más allá de nuestras faltas, más allá de la incapacidad para acercarnos a Dios, más fuerte que todo el mal que pudiésemos haber cometido, somos siempre «sus» hijos. El ser hijos es una categoría que no se pierde nunca. Es un modo de reforzar la confianza en Dios y conjurar cualquier duda sobre el poder perdonador del Señor.

Llamar a Dios como Padre es una de las características de esta plegaria eucarística. Recordemos que todas las Plegarias eucarísticas de nuestro *Misal Romano* se dirigen a Dios Padre, pero rara vez —es una nota característica que nos viene de la Antigüedad— se alude inmediatamente

⁵ JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 13.

a Él de esa manera⁶. ¿Por qué? De esa manera la liturgia nos pone al resguardo de banalizar el nombre de Dios y nuestra filiación, la cual es un don inestimable, y no es en ningún modo un derecho propio. La Plegaria eucarística será así como una cumbre a la que habrá que ir subiendo poco a poco, conscientes de que nos acercamos místicamente a la presencia de Dios, a la «zarza ardiente» ante la cual Moisés quedó lleno de estupor. Paulatinamente vamos preparando el ánimo para que solo al final podamos «atrevernos» a llamarlo Padre, como dice la admonición inspirada en san Cipriano que antecede al Padrenuestro, y que conserva nuestro Misal.

Pero aquí, desde su mismo principio, en el Prefacio, se dirige a Dios como «Padre». Y lo hace porque se quiere subrayar aquí la paternidad divina. Quiere que quienes se han reunido a celebrar la misa orando con esta Plegaria, desde el primer momento experimenten con certeza el amor «paternal» de Dios, dejando de lado todo temor. Por la misma razón hablará más delante de la humanidad como una familia: «tan estrechamente te has unido a la familia humana», dice. Es evidente que el autor de esta plegaria quiso que quienes participaran de ella pudiesen sentirse en plena confianza, experimentando la calidez y la ternura del amor de Dios.

Además de llamarlo así, se refiere a Dios como «rico en misericordia», «Dios fiel y misericordioso», «Padre clementísimo», un adjetivo que lastimosamente nuestro traductor, por razones que ignoramos, no vertió al castellano. Como que la ternura es también un nombre de Dios, es «potente e imperecedera». Dios es todopoderoso y eterno *en* su amor. Su omnipo-

⁶ Es verdad que éste no es un criterio absoluto, pues tiene excepciones. Y también es verdad que las nuevas traducciones a veces no han respetado este principio, incluso sin un motivo claro, lo cual es una lástima porque dificulta reconocer la especificidad de cada una de las plegarias.

tencia se manifiesta máximamente en el perdón, como lo dice una preciosa oración colecta de nuestro misal: «Dios nuestro, que manifiestas tu poder sobre todo en la misericordia y el perdón»⁷.

Por si esto fuera poco, aparecen otros atributos de Dios que no debemos pasar por alto. La plegaria, cada vez que alude a Dios nuestro padre, añade unas pinceladas llenas de colorido. Así, hablará de un Dios que: «no deja de alentarnos a tener una vida más plena», que «ofrece siempre el perdón», que «invita a los pecadores a confiar sólo en su indulgencia»; que «nunca se ha apartado» de la humanidad, que «se ha unido estrechamente a nosotros por Jesucristo»; que «ofrece un tiempo especial de gracia y reconciliación», que «alienta a esperar en Cristo a los que se convierten», que «nos amó hasta el extremo», que «su Hijo se entregó a la muerte» por esta causa, y que sabía que «de ese modo iba a reconciliar todas las cosas en sí mismo».

¡Esto es cantar su misericordia! Estamos haciendo lo que la otra plegaria de la Reconciliación dice que hizo Jesús la noche de la última cena: «tomó en sus manos el cáliz de la bendición y, *proclamando su misericordia*, se lo dio a sus discípulos». Justamente, con esta plegaria estamos haciendo eso: «proclamando su misericordia».

Conclusiones

Para terminar con este comentario, unas palabras del papa Francisco: «Hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre»⁸. Es lo que hemos hecho: dirigir nuestra mirada a la

⁷ Cf. MISAL ROMANO, *Oración colecta XXVI Domingo durante el año*.

⁸ FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, 3.

celebración litúrgica, un lugar privilegiado donde la misericordia se hace vivamente actual. Para que ello sea una realidad aún más evidente, animemos a los presbíteros de nuestras comunidades para que empleen esta plegaria, la que después de la lectura de estas líneas, esperamos que pueda distinguirse en sus contornos principales y así pueda vislumbrarse un poco mejor el Misterio hacia el que nos lleva.

Y desde el Misterio celebrado, hacia la vida. Porque la experiencia de vivir reconciliados nos lleva a manifestar esa misericordia a quienes nos rodean. Así, esa vida transfigurada por el perdón del Señor se convertirá en testimonio, «signo eficaz», como dice el papa, de ese modo tan único que tiene el Padre de tratar a sus hijos.

Pbro. Javier I. Barros
Marzo de 2016